

Bolivia: el destino de la eterna refundación

Carmen Beatriz Ruiz

A CASI SEIS MESES DE AVANZADO EL AÑO 2009, que se inició lleno de cambios y sacudidas con los efectos de la crisis financiera internacional y el primer Presidente negro en Estados Unidos, Bolivia se prepara para la realización de un nuevo proceso electoral, el sexto en los últimos cuatro años¹, cuyos resultados tendrán mucha influencia en cualquier proyección de futuro.

Dos fenómenos están marcando profundamente el presente y probablemente marcarán el futuro inmediato de Bolivia: una lucha sin cuartel entre dos visiones de país y la adhesión mayoritaria de la población hacia el Presidente Evo Morales, que se encuentra aún en medio de la incertidumbre que provocan los discursos radicales del gobierno, mientras su acción se vuelve cada vez más conservadora.

Los actores que intervienen en ambos fenómenos reconocen que el país adolece de inclusión social, pero disienten respecto a cómo lograrla. Unos quieren refundar la nación desde una visión comunitaria; mientras que otros quieren cambios sin costos,

¹ Julio 2005: Referendo sobre el gas.

Diciembre 2005: Elecciones generales y de prefectos.

Julio 2006: Asamblea Constituyente y referendo sobre autonomías.

Agosto 2008: Referendo revocatorio de presidente, vicepresidente de prefectos.

Entre febrero y julio 2008: Estatutos autonómicos en cuatro departamentos.

Enero 2009: Referendo aprobatorio de la nueva Constitución.

desde una visión de modernidad liberal. En el presente artículo se trata de mostrar que el impulso permanente de refundación es expresión de una convivencia histórica hecha de negaciones y exclusiones, un proceso inacabado, cuyo principal desafío, todavía pendiente, es encontrar un cauce de solución por la vía democrática.

Vientos de cambio y retorno

El resultado de las elecciones generales llevadas a cabo en diciembre de 2005 marcó un hito en la historia de Bolivia, cuando democráticamente, con una mayoría de 54% de votos, cifras sin precedentes en la historia reciente, el pueblo boliviano eligió como Presidente de la República a Evo Morales Ayma, candidato del Movimiento al Socialismo (MAS). Habían transcurrido exactamente 27 años desde octubre de 1982, el inicio del período democrático ininterrumpido más largo de la historia del país. No se trata de una referencia menor, pues es imposible imaginar en la presidencia a un campesino quechua, productor de coca y sindicalista, sin el marco de ese proceso democrático.

Suele decirse que en Bolivia el tiempo corre más rápido que en otros países, probablemente debido a los numerosos cambios que agitan su escenario político y a la dificultad de emitir juicios más allá del corto plazo. Ello puede verse a través de una rápida ojeada a las casi tres décadas desde el retorno de la democracia.

Entre los años 1982 y 2005 hubo seis elecciones generales en el país. Desde la primera elección de este ciclo, hubo en las listas candidatos/as campesinos indígenas, que no lograron posiciones importantes. Es en 1993, cuando el aymara Víctor Hugo Cárdenas fue elegido Vicepresidente de la República, en una alianza con Gonzalo Sánchez de Lozada, candidato del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), tradicional partido de masas y varias tendencias, que van desde la de centro izquierda hasta la

de derecha, con presencia activa de más de medio siglo en las lides políticas democráticas y dictatoriales en el país.

El impulso modernizante hacia el Estado y la población fue una de las principales marcas de esa gestión, que se expresó principalmente en las leyes de Participación Popular, Reforma Educativa, Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) y Capitalización. Cuatro leyes que echaron a andar otros tantos procesos que serían, desde la perspectiva de esa gestión, parte del andamiaje de un diseño de reformas; cuatro leyes malditas, constitutivas del denominado “Estado Colonial”, desde la perspectiva del MAS, que las ha tenido en la mira desde su propia gestión de gobierno.

Para hacer justicia a la historia, aun a riesgo de abundar en un detalle cronológico, debe recordarse que entre la primera presidencia de Sánchez de Lozada y la de Morales Ayma hubo, *sensu estricto*, cinco períodos de gobierno, provocados por distintas razones, que van desde la enfermedad y la muerte, hasta la conspiración, insurrección y, finalmente, sucesión constitucional: Bánzer Suárez de 1997 a 2001, Quiroga Ramírez de 2001 a 2002, Sánchez de Lozada (segunda presidencia) de 2001 a 2003, Mesa Gisbert de 2003 al primer semestre de 2005 y Rodríguez Veltzé de julio a diciembre de 2005. Como ha sido señalado por el periodista Juan Cristóbal Soruco, la agresión y desmontaje de las reformas comenzó durante las gestiones de Bánzer y Quiroga. Esto se constituyó en un antecedente fundamental de la crisis política y de Estado que Bolivia sufre desde el año 2000, siendo un dato histórico imprescindible, a su vez, para entender el escenario y el clima social en los que inicia su gobierno el Presidente Morales.

Presente con olor a pasado

El gobierno del MAS se inició con un doble augurio positivo. Por una parte, la euforia de una victoria electoral contundente en la zona occidental y andina del país, que contaba con la expectativa

de una población agobiada por la dinámica de los conflictos políticos, sin esperanzas en los partidos a los que condenaba y, por la otra, el vertiginoso incremento de los precios de las materias primas, principal rubro de ingreso de divisas para la economía boliviana.

Ambos augurios ocuparon la escena ocultando, por un tiempo, las resquebrajaduras más preocupantes del país: la profundización del conflicto regional entre occidente y oriente y la insaciable demanda social de redistribución de las rentas obtenidas por la venta de hidrocarburos. Lo regional se constituyó en espacio, discurso contestatario y actor, en tanto fue allí donde se desplazó parte de la confrontación política tradicional, y desde donde luego habrían de actuar las principales tendencias de la oposición al MAS. La bonanza económica temporal mostró, una vez más, el altísimo nivel de dependencia del país a indicadores cuyo flujo y reflujo dependen de impulsos que éste no controla de ninguna forma. Las dos dimensiones, la política y la económica, son los caballos de batalla del discurso gubernamental en la gestión, en la dinámica electoral y, probablemente, seguirán siendo caballos desbocados durante su próximo período.

Resalta del proyecto del MAS la figura de Evo Morales, prácticamente una imagen que satura todo su espectro, lo representa, articula y conduce, principalmente a través de la poderosa relación orgánica y afectiva con su principal fuerza de sostén: la mayoría de las organizaciones campesina indígenas.

En la misma medida, Morales expresa la concreción de ascenso y acceso al poder político, económico y social por parte de un importante sector de la población boliviana mestiza, que por razones intelectuales, partidarias o empresariales, se adhiere al líder no sólo como un símbolo, sino como una ruta de realidad. Una ruta urgente y necesaria, cuando ya pasados casi 60 años de la Revolución de 1952, las compuertas de inclusión habían vuelto a cerrarse o, al menos, ésta no se daba con el ritmo que el crecimiento

poblacional y los procesos de urbanización, acceso a información, educación y otros recursos de acumulación lo requerían.

Nadie puede negar que el gobierno del MAS tiene entre sus operadores, principalmente de nivel intermedio hacia abajo, un porcentaje importante de “desconocidos” para la tradición administrativa del Estado boliviano durante los últimos 20 años, propiciando la participación de nuevos actores, quienes vienen de un contingente social con mayor cercanía étnica aymara y quechua, principalmente, a diferencia del contingente que ha sido desplazado. Por ello, el componente étnico-cultural, aún no expresado explícitamente entre los propios adherentes, es parte de la composición de estructura y discurso del proyecto del MAS.

El discurso y la acción del MAS, cuyos dirigentes expresan con la consigna central de “El Proceso de Cambio”, está conformado por al menos tres corrientes que son, al mismo tiempo, las que producen otras tantas de sus fisuras internas: la corriente del neoindianismo, la socialista-nacionalista y la populista-militar.

La corriente neoindianista se trata de una propuesta político-intelectual a partir del pensamiento del anticolonialismo interno, articulado tempranamente al MAS durante su etapa de construcción, como instrumento político desde las trincheras del sindicato de los productores de coca de la zona del departamento de Cochabamba. Su impronta en el gobierno ha ido sistemáticamente en descenso, quedando reducida, en los hechos, a la presencia del aymara David Choquehuanca como Canciller. La corriente socialista-nacionalista aglutina la visión estatista y ha estado conduciendo las políticas económicas de la gestión, a través de la participación de ex militantes de partidos de la izquierda, ya prácticamente desaparecidos. En cuanto a la corriente populista-militar, parece ser la que más fuerza ha acumulado en el manejo de los hilos directos del poder y en el entorno inmediato del Presidente, llegando incluso a desplazar aliados históricos de este. Desde esta tendencia se refuerza y conduce la participación de

Bolivia como parte del denominado Eje del Socialismo del Siglo XXI, creación del presidente venezolano Hugo Chávez.

Hay una tensión permanente en la agenda del gobierno, provocada en parte por las confrontaciones internas de las tres corrientes y por el lenguaje ambivalente de los principales operadores políticos, fundamentalmente del Vicepresidente Álvaro García y del propio mandatario. García es un intelectual que se inició en la política como miembro de un grupo de guerrilla urbana, y que maneja alternativamente un discurso muy radical de toma del poder para los actores del "Proceso de Cambio", aprovechando la legitimidad de la fuerza que le otorga a éste la adhesión popular, el apoyo expreso de las Fuerzas Armadas y, cada vez más ocasionalmente, la necesidad de refrendar esas fuerzas con el diálogo y la negociación política. Morales proviene del movimiento sindical campesino cocalero, y siendo esta su única experiencia política desde hace más de 20 años, lo ha marcado posiblemente para siempre: un lenguaje de consignas, permanentemente crítico, muchas veces agresivo, con tonos de "todo o nada" como base de negociación y una visión de esta como la permanente confrontación entre dos bandos irreconciliables.

Las marcas de esa historia personal han pasado a ser las del gobierno y se han convertido en las maneras de relacionarse políticamente, en un momento en el que la sociedad boliviana podría haber vivido una nueva oportunidad histórica para el replanteamiento equitativo e intercultural, de su atormentada convivencia social. En cambio, se sigue en la incertidumbre de una rebelión que no termina, aunque esté gobernando por uno de sus principales exponentes.

Señales de futuro

El futuro inmediato está marcado por el calendario electoral. En diciembre próximo se realizarán los comicios generales, los

primeros con la aplicación de las nuevas normas de la recientemente aprobada Constitución Política del Estado (CPE), y en los cuales la ciudadanía elegirá presidente, vicepresidente, y a las/os miembros de la Asamblea Legislativa Plurinacional (senadores y diputados con una cuota de siete representantes del mismo número de “circunscripciones especiales indígenas, originario campesinas”); y en abril del año 2010, se elegirán las autoridades ejecutivas y legislativas de los gobiernos autónomos departamentales, regionales, municipales y de autonomías indígenas.

Las autonomías no son la única novedad en la nueva CPE, aunque sí la más importante. También se prevé, por primera vez, una segunda vuelta, en caso de que las/os candidatos no obtengan en la primera votación, la mayoría requerida del 51% o el primero obtenga entre 40 y 50 por ciento de los votos y el segundo se ubique a 10 puntos por debajo; y la posibilidad de reelección de presidente/a y vicepresidente/a por un nuevo período continuo.

Si como se espera, el Presidente Morales gana la elección de diciembre, ejercerá dicho cargo por los próximos cinco años, pudiendo optar además por un siguiente período. Sumados ambos mandatos a los cuatro años que ya lleva en el gobierno, Bolivia tendría por 14 años el mismo presidente (seis menos de los que el propio Presidente ha prometido quedarse), cosa que jamás ha ocurrido en la historia del país. Es más, el MNR, el único partido que más tiempo continuo ha estado en la gestión de gobierno, con dos presidentes, lo hizo durante 12 años. De ocurrir, por lo tanto, será una verdadera marca de continuidad que hasta ahora ningún otro proyecto político boliviano ha alcanzado. Sin embargo, una cosa es sumar posibles períodos y otra, menos previsible, sería asegurar que la historia del MAS alcance para tanto.

Si en diciembre de 2009 el pueblo boliviano vuelve a elegir democráticamente a Evo Morales Ayma, como Presidente del nuevo “Estado Unitario Social de Derecho Plurinacional Comunitario”,

según reza la nueva Constitución, estará aceptando una vez más la promesa de cambio del caudillo y su partido.

Sin embargo, ésta es una oferta que hasta el presente no ha logrado consolidarse. Luego del impulso inicial de las nacionalizaciones y la convocatoria a la Asamblea Constituyente, la agenda política logró imponerse por sobre la económica, y la gestión ha sido una sucesión de enfrentamientos contra enemigos internos y externos, algunos reales, otros imaginarios, por encima de un mar de fondo con dos aspectos claramente distinguibles: que el MAS considera imprescindible asegurar su permanencia en el gobierno indefinidamente, en el molde del proceso venezolano; y que la gestión gubernamental es deficiente, ya que nunca logró arrancar, siendo hasta el momento un asunto incierto debido a deficiencias propias de un sector recién llegado a la administración de la cosa pública o simplemente porque no les interesa administrar un Estado al que, en realidad, se quiere destruir. En ambos casos, en el transcurso de los primeros meses del año 2010 deberían darse las respuestas.

Respuestas que no pueden hacerse esperar mucho tiempo más, pues al menos en el papel, las condiciones que el Presidente ambicionaba para gobernar ya están dadas: nuevos lineamientos constitucionales, reelección, apoyo popular, reforma del sistema político y el diseño de un Estado más fuerte en propiedad de los mayores recursos naturales.

La piedra en el zapato de esas victorias es la oposición regional, pues la acción de los partidos es prácticamente inexistente, débil y errática. A tal punto que no han logrado iniciar un proceso de debate y acuerdo programático para su participación en las próximas elecciones, llegando incluso a sugerir su abstención en caso de persistir las sospechas contra la idoneidad y transparencia del órgano electoral. Si esto ocurriera, Morales estaría absolutamente solo en la cancha electoral, y si la oposición participa fragmentada, el resultado vendría a ser el mismo.

La oposición regional no proviene sólo de los liderazgos políticos, puesto que incluye a sectores importantes, principalmente de las poblaciones urbanas, como lo muestran los datos de las sucesivas elecciones, en las que el MAS obtiene votación mayoritaria en los departamentos andino occidentales, mientras que es muy baja en los del oriente boliviano. En ambos casos, el punto de inflexión es la visión de país que ofrece el presidente Morales, a contrapelo de los procesos económicos y sociales propios de ambas regiones, ya que, mientras el voto mayoritario de occidente adhiere al discurso del Socialismo del Siglo XXI, con matices comunitaristas, el disidente voto de la región suroriental, denominada "Media Luna" (por su forma en el mapa), adhiere y aspira a una visión de progreso con los patrones de la modernidad. Por otro lado, los cinco prefectos opositores (aunque uno está en la cárcel, acusado de ser el autor intelectual del asesinato aún no esclarecido de 13 campesinos, durante movilizaciones y enfrentamientos en su región), han asegurado que se mantendrán al frente de los movimientos ciudadanos que están liderando, sin intervenir en las justas nacionales.

El encono entre el gobierno central y estas regiones rebeldes, por lo tanto, va a mantenerse y, presumiblemente, incrementarse porque aunque la nueva Constitución establece las autonomías departamentales, también las amenaza, al haber aprobado otros dos tipos de autonomías, las regionales (que pueden producirse por la unión de varias provincias o municipios en continuidad geográfica) y las indígenas, a constituirse sobre la base de distritos o municipios con esa característica poblacional o la de Tierras Comunitarias de Origen (TCO); una figura territorial para la dotación de tierras que estableció hace 12 años la Ley del Instituto Nacional de Reforma Agraria. Con esto, a la confrontación política entre las tierras altas de occidente (presencia mayoritaria del MAS) y las tierras bajas del oriente y sur del país (regiones

rebeldes), se suma un estado permanente de incertidumbre jurídica y administrativa.

Mirando más lejos

En perspectiva de una mayor y necesaria distancia, el análisis prospectivo debe mirar tanto al pasado como al futuro de la historia boliviana. Al pasado porque los conflictos regionales no son de reciente aparición. Bolivia vivió una Guerra Federal en 1879, que enfrentó a Sucre y La Paz. La ciudad de Sucre, sede de la Audiencia de Charcas durante la colonia, que fuera capital de la República los primeros años después de la independencia, ahora es llamada Capital Histórica; y la ciudad de La Paz, geográficamente más cercana al acceso marítimo y geopolíticamente con mejores condiciones para el desarrollo de la industria y el comercio, es ahora la Sede de Gobierno.

Historiadores y analistas políticos se basan en la mirada histórica para afirmar que el país está viviendo un nuevo desplazamiento territorial y de las élites en el poder, moviendo el eje desde La Paz hacia los departamentos del oriente y sur, cuyo epicentro, por ahora, es el departamento de Santa Cruz. Por lo tanto, la confrontación regional no es un elemento coyuntural y está vinculado a las distintas, y por ahora excluyentes, visiones de país y enfoque de desarrollo que tienen las actuales élites en pugna. Mientras éstas se mantengan en una disposición enconada, sin resolver la exclusión histórica de las mayorías, Bolivia seguirá repitiendo una historia en ritmo de péndulo, de la estatización a la liberalización.

La mirada hacia el futuro sólo puede aventurarse hacia el mediano plazo, debido a la fragilidad institucional pública, de los acuerdos políticos y de la extrema dependencia hacia factores externos de la economía boliviana. En ese marco, los resultados de las elecciones generales de diciembre de este año, pueden

preverse sólo como pautas de los próximos comportamientos políticos de los actores en juego, pero no como indicadores de cambios sustantivos.

Si gana el MAS, tiene como desafío principal mostrar que toda la energía desplegada durante los cuatro años de su primera gestión, para lograr las reelecciones, puede encauzarse hacia la concreción de su oferta de proyecto y visión de país. Si no lo intenta ni lo logra, quedará demostrado que la búsqueda era, en sí y para sí, la continuidad del poder. Pero, aun en la posibilidad de la victoria electoral del actual partido gobernante, hay al menos dos matices a tomar en cuenta. Si gana con un porcentaje que siga siendo elevado por encima del 50%, su maquinaria política seguirá imperturbable, imponiendo su impronta y desoyendo el clima de conflictos provocado por las todavía débiles disidencias. Si el porcentaje de la victoria es menor a la cifra contundente que los principales operadores del partido están esperando, tendrían que plantearse una mayor disposición a la negociación con los sectores disconformes, principalmente expresados en cinco de los nueve departamentos.

En cualquiera de los casos mencionados, la necesidad de establecer una convivencia intercultural basada en la igualdad de acceso a las oportunidades, seguirá siendo la principal expectativa de la población boliviana, y el *leitmotiv* de sus muchas veces cruentas rebeliones. Si el MAS o cualquier partido en el poder no atienden esta exigencia, la historia política del pueblo y la institucionalidad del país no augura mucha paciencia, al menos, no la suficiente como para esperar mucho más tiempo a que comiencen a mostrar resultados de gobierno o dicho más benignamente, que aprendan a gobernar. En esta línea, están en contra hechos concretos, como el menor acceso a dinero "fresco" de la venta de recursos naturales, la incapacidad para echar a andar las empresas nacionalizadas y la elección del modelo estatista para manejar la economía.

Hasta ahora el MAS ha estado sorteando el posible juicio social de sus bases sobre su ineficiencia, recurriendo a su discurso fundacional, con la oferta de cambio como sinónimo de “revolución en democracia”, mientras que su acción política está echando mano, peligrosamente y cada vez más, a recursos autoritarios, siempre en el esquema del proceso venezolano.

La próxima gestión pondrá a prueba, desde el principio, la oferta de cambio tanto como los recursos que se han estado utilizando para justificar su falta de resultados. ¿Podrán el MAS y el Presidente Morales mantener la adhesión popular si no responden a las expectativas con que fueron elegidos? Y si no hay un círculo virtuoso entre la oferta y la adhesión, ¿recurrirá el MAS a un esquema autoritario abierto? Las salidas dependen, en gran medida, en lo interno, de la actitud ciudadana; y en lo externo, del comportamiento político imperante en los gobiernos de los países de la región.

En todo caso, mientras Bolivia no pueda trascender la lógica del corto plazo, la rueda de la refundación permanente aparece como su destino fatal.